

EL SECRETO DEL MAR

Siempre me ha gustado el mar, quizás porque vivo a su lado, quizás porque mi familia siempre ha vivido de él, quizás porque cada ola que rompe en la orilla, rompe también alguno de mis problemas.

El mar estaba tranquilo. Jamás había visto un cielo tan azul y un brillo tan espectacular en el mar como reflejo del sol. Era mi primer día de faena y los nervios inmovilizaban casi todo mi cuerpo. No tardamos ni una hora en tenerlo todo preparado y zarpar del pantalán. Cayó el sol.

Tumbado en un pequeño hueco de la proa comencé a dormirme mientras admiraba todas las estrellas. Un fuerte ruido me despertó. Estaba desubicado. Otro golpe en la proa del barco, otro y otro. Cada vez eran más fuertes y seguidos. Miré a mi padre y a mi abuelo, sus rostros parecían tranquilos ante aquel ataque. Los golpes se seguían repitiendo. Sin darme cuenta, en uno de ellos, resbalé y caí al agua. Intenté nadar con todas mis fuerzas pero el mar se había vuelto en mi contra y con furia me empujaba al fondo. Algo agarró mi brazo. Apenas veía nada, solo oscuridad.

Comenzaron a pasar luces a gran velocidad por ambos lados de mi cuerpo. Nada tenía explicación. Parecía que viajaba tan rápido, que en cualquier momento algo me expulsaría al futuro, como en aquellos cuentos que mi abuelo me contaba antes de dormir. Me comenzaba a faltar el aire en los pulmones y sin quererlo los ojos se me cerraban.

Una voz... mi nombre... frío... Abrí los ojos como pude. A mi alrededor un señor de barba blanca y una chica preciosa de pelo por la cintura, morena. Iba en bikini y llevaba una especie de estrella de mar en el pelo. No podía dejar de mirarla. Cuando reaccione, entré en pánico. Estaba despierto, respirando, pero bajo el mar ¿cómo era posible? ¿estaba soñando? Me miré el cuerpo, estaba desnudo. El señor de barba blanca me miraba y esbozaba una pequeña sonrisa. Imagino que mi cara debía ser de risa, pero nada de lo que estaba ocurriendo tenía explicación. Con un hilo de voz pude preguntar si estaba soñando, él me dijo que no, que todo lo que tenía a mi alrededor era real. Comenzó a explicarme muchas cosas, pero la chica de mi lado volvió

a acaparar toda mi atención. Un pinchazo en las piernas me trajo de vuelta a la charla de aquel hombre. Me dijo que no tuviera miedo, pero para sobrevivir en este mundo debía convertirme en un pez así podría respirar y moverme sin problemas ¿un pez? Dios mío ¿qué está pasando? Me incorporé rápidamente, no podía mover las piernas. Las miré y cuando mi vista bajó me quedé boquiabierto. Eran sirenas. Esto si que ya parecía una novela de ciencia ficción. Un dolor en las piernas hizo que toda mi atención fuera hacia ellas. Poco a poco como si de la metamorfosis de una mariposa se tratara mis piernas comenzaron a convertirse en la cola de un pez. El corazón me latía muy rápido. Apenas podía respirar. Me desmayé.

Me despertó una dulce risa como la de una niña. A mi lado, la sirena de pelo largo y moreno. Sonreí. No sabía si esto era real o no pero debía disfrutarlo. Ella me saludó con un dulce "ola Marco" sonreí. No sé como sabía mi nombre, pero era un sinsentido más de esta historia. Le pregunté su nombre y fue lo más bonito que quizás haya oído jamás: CORAL.

Me levanté con ayuda de Coral. Mis ojo se había adaptado al medio y podía verlo todo con claridad. Intenté nadar con mi nueva cola de pez, pero al principio, era como un niño con su bicicleta nueva sin las dos ruedas pequeñas de atrás. Apenas podía mantenerme erguido ellas se reía y yo comenzaba a enamorarme de esa sonrisa. Me explicó como debía moverme y acompañar el ritmo del movimiento. No era fácil. Ella me cogido de la mano y antes de que me diera cuenta lo había conseguido, estábamos nadando con rapidez. Apenas hablábamos.

Nadamos durante un buen trecho. Ella me enseñaba las maravillosas criaturas que vivían allí, los desconocidos lugares que parecían mágicos y los grandes tesoros de barcos que habían naufragado.

Volvimos a la ciudad de donde habíamos salido a toda velocidad. Estaba formada por varios barcos, torres brillantes de corales y conchas... era impresionante, realmente impresionante. Ella se acomodaba en una roca mirando su ciudad. Me invitó a sentarme. No lo dudé. Sin ni siquiera darme tiempo a nada, comenzó a hablar...

-Mi padre es el Rey del Mar, el formó todo esto. Marco, todo lo que ves es real aunque te cueste creerlo y entenderlo. Los golpes al barco en el que

ibas, tu caída a mar... todo estaba previsto. Tu padre y tu abuelo sabían que esto iba a pasar. No te enfades con ellos, todo tiene un sentido, una lógica. Te irás de aquí pronto. Esto no es para siempre, pero antes de irte tienes que saber por ti mismo qué haces aquí. Una vez que lo sepas, podrás volver y disfrutar de tu trabajo junto al mar.

No supe que decir, pero dentro de mí algo me agobiaba y algunas palabras suyas retumbaban en mi cabeza como un martillo "...te irás de aquí pronto ". ¿No volvería a verla nunca? Me daba miedo preguntarle así que decidí no hacerlo y aprender el mensaje que su padre, el Rey del Mar, tenía para mí.

Esa noche, hicieron una fiesta para celebrar mi llegada. El padre de Coral se me acercó y mirándome fijamente me dijo que mis ojos brillaban cada vez que miraba a su hija, pero que debía evitarlo puesto que entre nosotros jamás podría surgir nada. Comimos, reímos, bailamos hasta bien entrada la madrugada. Coral me repetía que nunca había bailado con un bailarín tan bueno y yo me reía, quizás como nunca antes me había reído.

Coral y su padre me acompañaron hasta mi habitación. En la misma puerta, decorada con conchas que brillaban se acercó una sirena de piel clara y pelo rojo como el carmín. Estaba preocupada. Le dijo algo al oído al Rey y este se disculpó y salió nadando a toda velocidad. Coral sabía lo que pasaba. No era la primera vez. Me dijo que intentara descansar y así lo hice. Todo esto era muy raro y estaba muy cansado. No dejaba de darle vueltas a la cabeza ¿Me despertaría allí de nuevo o todo se habría acabado? El sueño me venció rápido.

Salí de mi habitación en dirección al salón central. Allí estaba Coral llorando. Me acerqué y la abracé. Me miró extrañada, me dijo que esa forma de saludo no era conocida bajo el mar. Me reí, y le expliqué que era un abrazo y que calmaba a la gente que estaba triste. Me explicó porque estaba así: ayer por la noche un barco cercano a esa zona del mar comenzó a asesinar a cientos de delfines. Su padre hizo que el barco naufragara del enfado. El mar se había teñido de rojo y todos nadaban tristes incluso el rey.

Me fui fuera y vi el barco naufragado, como un trofeo ¿Qué habría pasado con sus marineros? ¿Habrían fallecido? Comencé entonces a entender mi viaje, mi experiencia aquí. Ellos me habían traído para conocer el mar, para

respetarlo, para trabajarlo sin explotarlo. Si no lo hacía así sufriría el enfado y la ira del padre de Coral. El rey se me acercó y me invitó a ver de lo que era capaz el ser humano por dinero. Dudé, pero finalmente accedí y nos dirigimos a aquel lugar fue aterrador. Hasta donde podía llegar la maldad de las personas. Había cientos de delfines yaciendo en el fondo del mar. Eran criaturas maravillosas e inteligentes. El me explicó que la gente ni cuidaba ni respetaba el mar y nadie se daba cuenta de la cantidad de hermosas especies que allí Vivian, por lo que decidió enseñar a cada marinero que comenzaba a trabajarlo la vida bajo el agua.

Volvimos. No hablamos. No dejaba de pensar en lo que había visto y en lo que me había contado, era algo terrible.

Al llegar busqué a Coral por todos lados pero no la encontré. Decidí estar solo, reflexionar... Y así lo hice, no dudé en asomarme a un balcón enorme que había en la popa de uno de los barcos naufragados. Mi cabeza daba vueltas. Nunca había visto o querido ver lo que sucedía en el agua. Noté que alguien no dejaba de mirarme. Coral. Me di cuenta de que ella ya había entendido, que sabía por que estaba aquí, por lo que ella me había llevado a las profundidades. Era mi momento, el momento de volver a mi vida real y dejar atrás este mágico sueño. Cerró los ojos y suspiró. Yo la seguí. Me cogió fuerte de la mano y oí con un pequeño hilo de voz "¿preparado?" No lo sabía, ni siquiera conteste, no se si quería volver o seguir viviendo todo esto. Tenía miedo, miedo de salir del mar y no verla nunca más. Me había enamorado de una sirena. Lo nuestro jamás podría ser posible, yo no podía vivir bajo el mar y ella no lo podía hacer en la tierra ¿Sólo nos quedaba la resignación? Comenzaba a agobiarme, pero no había solución yo tenía que volver. Coral me lo advirtió: "...esto no es eterno". Pero jamás pensé que duraría tan poco.

Nadamos, nadamos y nadamos yo intentaba hacerlo despacio para que mi último momento con ella no terminara nunca. Pero ella iba demasiado rápido. De nuevo las luces, esas luces del principio pasando a toda velocidad a mi lado. Cada vez veía más borroso y apenas era capaz de verla a ella. Noté como mis piernas comenzaban a moverse por separado pero sabía que hasta que no estuviera fuera nunca me soltaría. Frenó en seco, estaba a un metro de la superficie, me miró y en un movimiento brusco se acercó hasta mí

para besarme. Fue el mejor y el peor momento de mi vida a la vez. Salimos a la superficie y allí bajo el frío de la noche nos despedimos y me repitió que nunca me olvidara de ella, que siempre cuidaría de mí mientras estuviera en el mar. Un nuevo beso y adiós. Vi como se sumergía hasta lo más profundo, pensé en seguirla, pero sabía que ella de nuevo me traería a la superficie y yo le haría más daño. Todo parecía un cuento de sirenas y marineros. ¿Me creería alguien? No. Quizás los que son como yo, mi padre, mi abuelo.

Estuve un tiempo intentando flotar en el mar, respirando y cogiendo aire. Sentía como los pulmones se me llenaban con cada bocanada de aire. Estaba enfadado, triste. Comencé a nadar en dirección a la orilla pero con lentitud. No quería salir del agua, sabía que mientras estuviera allí estaría más cerca de ella y parecía que la notaba reírse. Llegué agotado a la orilla, sin fuerzas. Me tumbé. Esa noche no me movería de allí por si acaso ella volviera.

Los primeros rayos del sol comenzaron a darme en la cara y me despertaron. Mi padre y mi abuelo estaban sentados a mi lado esperando que les contara mi increíble aventura. Me puse en pie y mi abuelo en secreto no dudó un segundo en decirme que él también se había enamorado cuando estuvo allí abajo y que a día de hoy aún recuerda como era su preciosa sirena. Comprendí que yo tampoco me olvidaría nunca de ella.

Pasaron varios años trabajé el mar y lo cuidé. Muchas veces me quedaba junto al agua por si ella regresaba pero siempre era en vano. Todo los días a la misma hora me sentaba en la orilla del mar y recordaba cada segundo que pasé allí abajo. Una sonrisa, aquel día me sacó de mi pensamiento. Una chica, de pelo largo y negro jugaba con su perro por la playa. Me quedé petrificado. Sin dudarlo ni un segundo me acerqué a ella. Era perfecta. Me atreví a preguntarle su nombre y ella con una enorme sonrisa me contestó: CORAL.

PAOLA BIZCOCHO JUAN, 16 años

C. Montessori

Huelva.